

su fé. Todo les asistía, menos el derecho á esperar que el monarca ofendido les pagára el agravio con mercedes. Aun como merced y favor y como asimilacion benéfica al gobierno y las leyes de Castilla quiso disfrazar Felipe la mas sensible de las expiaciones que imponia al pueblo catalan. Quiso encubrir la pena con cierto velo de templanza, y la envolvió en un manto de hipocresía.

Si la unidad política, civil y administrativa es una condicion de los grupos sociales que llamamos naciones, y condicion mas necesaria en las monarquías, este elemento de los pueblos monárquicos recibió casi un total complemento en España al advenimiento de la dinastía borbónica. La unidad política era indispensable, y habia de venir necesariamente. El destino de España era ser la monarquía española, no la aglomeracion de los reinos de Castilla, de Aragon y de Navarra. La unidad bajo un cetro se habia realizado; hacíase esperar la unidad bajo la ley política. Sensible es que esta unidad no se verificára dotando de instituciones mas amplias, así á los pueblos que aun mantenian una parte de las que antes gozaron, como á los que habian tenido la desgracia de perderlas del todo. Las ideas del tiempo no consentian entonces este bien, y sucesos lamentables vinieron á apresurar la unidad nacional en opuesto sentido. Era el resultado inevitable de las opiniones y de las costumbres que dominaban todavía en la época. En todas partes, á escepcion de Inglaterra,

se consolidaban las monarquías absolutas, y se consideraba como una providencia el poder real. Y sin embargo, cuando las trasformaciones sociales, resultado lógico de los progresos de la civilizacion, vengán á aconsejar el que se otorguen á los pueblos instituciones mas libres, será una ventaja encontrar ya establecida una unidad política, para que todos reciban sin queja y como un beneficio comun las libertades que sean comunes á todos.

II.

La política de Felipe V. en lo exterior, durante la guerra de sucesion, fué sencilla y una; después hubo de variar segun las diversas fases y vicisitudes que presentaban las guerras, los tratados, las relaciones de las potencias europeas entre sí durante su largo reinado; y varió tambien segun las influencias de que se dejó dominar dentro de su propia cámara.

A nadie pudo sorprender la guerra de sucesion desde que se supo la aceptacion del testamento de Carlos II. por Luis XIV. Ni este monarca podia enganar por mucho tiempo á las naciones que logró atraer en un principio, ni obró con el tacto y la cordura que eran de esperar de su grande esperiencia para conservarlas ó adictas ó neutrales, y no tornarlas en ene-

migas y contrarias. ¡Cosa digna de reparo! En la lucha gigantesca de la sucesion española el anciano monarca francés, veterano en armas, práctico en las guerras, versado en las artes diplomáticas, cometió muchas imprudencias, que le acarrearón gravísimos compromisos, y se condujo en ocasiones como un joven arrebatado, ó como un mancebo inesperto. El joven monarca español, corto en años, no educado en campamentos, y nuevo en el arte de gobernar, condujose desde el principio hasta el fin de la guerra con la sensatez de un varon esperto, con el valor de un hombre avezado á lides, y con el juicio de un príncipe maduro: no cometió ligerezas, y mas de una vez el nieto, tratado como un educando, dió lecciones de dignidad y de teson al abuelo, su mentor y pedagogo.

El monarca francés con sus cartas patentes solivió todas las potencias; con la invasion en los Países Bajos alarmó y se enagenó la Holanda; con la proteccion al caballero de San Jorge, que así llamaban al hijo de Jacobo II.; irritó á Inglaterra y sublevó contra Francia la nacionalidad del pueblo inglés; prestándose á los planes de los duques de Borgoña, de la Maintenon y de Chamillard, fué causa de la pérdida de Flandes, de los desastres de Nápoles, y faltó poco para que se perdiera España; y cuando aquellos errores le obligaron á entablar negociaciones de paz, se sometia á condiciones humillantes y vergonzosas, que se

hubieran realizado á no rechazarlas Felipe de España con indignacion y entereza, volviendo por la honra de su reino, de la nacion francesa y del nombre de Borbon. Felipe, sin ninguna de aquellas imprudencias ó de aquellas debilidades, hizo siempre un papel noble; como político, no cuidó de penetrar en las combinaciones secretas de los gabinetes; limitóse, é hizo bien, á defender su reino, y es menester convenir en que lo hizo con un valor heróico. Esforzado en los combates casi hasta la temeridad, modesto en el triunfo, resignado y magnánimo en los reveses, era entonces, dice un escritor ni español ni francés, un príncipe casi perfecto.

De indolente le acusan los mismos que le apellidan el Animoso. Distingan por lo menos de tiempos. Guarden el primer dictado para aplicársele en ocasiones despues de la guerra de sucesion. Mas no le nieguen el segundo durante aquella lucha. ¿Pudo dar mas pruebas de animoso que salir por siete veces de propia voluntad á pelear á la cabeza de su ejército, en Milan, en Portugal, en Castilla, en Extremadura, en Aragon y en Cataluña; que responder, cuando le preguntaban qué puesto debia ocupar el rey en las batallas: *El primero, como en todas partes*; y que subir por la montaña de Monjuich erizada de cañones enemigos, diciendo: *Donde suben los soldados á hacer el servicio, bien puede tambien subir el rey?*

Menester es confesar tambien que si Felipe V.

desplegó en la guerra toda la energía de un joven, á quien le iba en el triunfo la conservacion de un gran reino, Luis XIV. mostró una actividad y un vigor que fueron para maravillar en sus muchos años. Aquel monarca, que habia revelado á la Francia el secreto de su fuerza, que le habia enseñado que podia pelear sola contra toda la Europa confederada, que habia sabido poner sobre las armas ochocientos mil soldados, y hacer cruzar por los mares ciento noventa y ocho navíos franceses de sesenta cañones, todavía en sus últimos años, cuando la Providencia habia enviado sobre la Francia la penuria mas espantosa y horrible, en el calamitoso invierno de 1709, encontró cinco grandes ejércitos que enviar á Flandes, á Alemania, al Delfinado, al Rosellon y á Cataluña, y cinco generales que hicieran el prodigio de sostener el honor de las armas francesas, sin dinero, sin pagas, sin almacenes, sin vestido, sin pan, sin cebada, sin avena, sin forrage, sin mantenimiento para soldados y caballos, al frente de cinco mas numerosos ejércitos enemigos, de todo abastecidos con abundancia y holgura. Verdad es que desde dos tronos, casi á un tiempo, la ancianidad y la juventud enseñaban á los pueblos á hacer sacrificios con ejemplos personales de real desprendimiento. El viejo y ostentoso rey de Francia enviaba su vajilla á la casa de la moneda; y la joven y modesta reina de España María Luisa de Saboya ofreció en caso semejante sus joyas y dinero á

los españoles para levantar y mantener soldados y hacer frente al enemigo.

Pero tambien es verdad que jamás pueblo alguno correspondió á un real ejemplo con mas largueza, ni respondió al llamamiento de sus soberanos con mas generosidad que respondieron Francia y España á la voz de sus reyes en la guerra de los trece años. Al fin la Francia, aunque accidentalmente pobre, tenia restos que sacrificar de su reciente grandeza: España, pobre de mas de un siglo, tenia que crear los recursos de que habia de hacer sacrificio. Al fin la Francia era una gran familia que obedecia entera y compacta á un padre anciano y severo á quien habia hecho hábito de respetar: la España era una familia desacorde, de la cual una parte habia buscado un soberano mas de su gusto, la otra solamente seguia por amor la voz de un monarca joven, venido de fuera y á quien acababa de conocer. Al fin la Francia se ofrecia en holocausto á un monarca que le habia dado medio siglo de glorias; la España se ofrecia en sacrificio á un príncipe en quien no registraba antecedentes, y en quien solo columbraba esperanzas. Por eso no hay palabras que basten á ensalzar los heróicos y espontáneos esfuerzos con que los pueblos de la corona de Castilla, saliendo como milagrosamente de su abatimiento, y sacudiendo el marasmo en que yacian, todas las clases á competencia ofrecieron sus haberes, buscaron recursos, improvisaron ejércitos, vistieron

hombres, dieron caballos, aprontaron armas, construyeron naves, lucharon con ardor contra toda la Europa coligada, contra ejércitos extranjeros y nacionales apoderados ya de su suelo, siempre leales, siempre vigorosos, constantes siempre, fatigados nunca y nunca desalentados, hasta dejar firmemente asegurado el cetro español en las manos de Felipe V. y de sus sucesores. Felipe V. fué el primero, pero no el único Borbon por quien han vertido abundantemente su sangre los españoles y dado al mundo testimonios de amor y de heroísmo. Nunca los Berbones corresponderán con exceso á tanto heroísmo y á tanto amor.

Felipe V., dicho sea con verdad y en merecida loa suya, no les fué ingrato. Pudiendo escoger entre las coronas de Francia y España, optó sin vacilar por la española; juró morir entre sus españoles, y lo cumplió; Luis XIV. dijo al despedirle: *Ya no hay Pirineos*; y él dijo á poco de venir: *Habrá Pirineos*, y los hubo. Felipe se hizo español; no necesitó mas para hacerse grato á los españoles. ¿Estrañaremos que siendo francés, y necesitando del soberano y de la nacion francesa hasta para poder ser español, respetára y mantuviera por algun tiempo las influencias francesas, en los consejos, en el gabinete y en los campamentos? ¿Debe maravillarnos que aun en el retiro le tentáran y asaltáran reminiscencias de su patria, á las cuales sin embargo resistió, no obstante los halagos con que le brindaban? Felipe V. solo obró co-

mo francés en la alteracion de la ley de sucesion á la corona de España; antojo tan injustificable como incomprendible en quien debia el trono español á la ley antigua.

Era muy diferente la situacion de Francia y la de España en este tiempo, como lo era la de sus soberanos. Francia con su anciano monarca vivia del impulso de los tiempos anteriores; España con su jóven soberano renacía de sus ruinas pasadas. Luis XIV. era un gran planeta que despues de haber alumbrado al mundo despedia y solamente aquella luz del crepúsculo que anuncia la proximidad al ocaso; Felipe V. era un astro de menos disco y destinado á girar en órbita mas estrecha, pero que asomaba entonces al Oriente. Luis XIV. habia visto ya desaparecer los grandes nombres que heredó de las anteriores revoluciones; y de los buenos generales que aun le quedaban, Villars, Buflers, Harcourt, Crequi, Berwick, Villeroy, Noailles, Vendôme, vió desgraciarse y perecer los mejores; Felipe V. no heredó los hombres que le sirvieron, y los generales españoles, Aguilar, Valdecañas, Lede, Montemar, Gages, Castelar, Navarro, nacieron sin conocer antecesores á quienes imitar. La una era una nacion que decaía con grandeza; la otra era una nacion que renacia con dignidad.

Comprendemos bien la conjuracion de Europa contra Francia y España en la guerra de sucesion. Eran precisamente las dos potencias que habian aspirado al

predominio universal, la una en el siglo XVI., la otra en el siglo XVII.; y alarmada ya ántes con Luis XIV., que parecia haberse erigido el Carlos V. y el Felipe II. de su tiempo, no podia mirar sin sobresalto ni consentir con tranquilidad la union formidable de dos naciones que representaban la grandeza presente y la grandeza pasada.

No se comprende tanto la rebelion obstinada y tenaz de provincias españolas contra Felipe de Anjou y en favor de Carlos de Austria, en pugna tambien con la mayoría de la nacion. Solo en parte y diminutamente puede esplicarse por la influencia que en el espíritu de aquellos pueblos ejerciera la memoria y el hábito de dos siglos de enemistad con Francia, y de dos siglos de obediencia á príncipes de la casa de Austria. Por lo demas ni Aragon podia conservar gratos recuerdos de Felipe II., ni Cataluña los podia tener agradables de Felipe IV., soberanos ambos de aquella familia. Lo que á nuestros ojos puede disculpar aquel levantamiento y aquella resistencia es la conviccion que de buena fé unos y por arte de intriga otros llegaron á formar en los ánimos de aquellas gentes de que asistia mejor derecho á la corona de España al príncipe austriaco que al duque de Anjou. Y una vez persuadidas aquellas provincias de que sostenian una causa justa, la defendieron con todo el ardor, con toda la valentía, con toda la perseverancia que es de antiguo proverbial en aragoneses y catala-

nes. Fuerza es confesar que fueron unos heróicos rebeldes, especialmente estos últimos.

La paz de Utrecht, mas bien que un tratado de paz general, fué una coleccion de tratados particulares, ó mas bien de contratos mercantiles entre naciones, puesto que casi todo se estipuló y ajustó por tarifas, y los plenipotenciarios parecian representantes de grandes casas de comercio encargados de hacer transacciones para repartirse las ganancias del mercado del mundo. Hiciéronse distribuciones de territorios, pero no se hizo nada en favor de los pueblos; nada se consagró á sus derechos é instituciones; todo se sacrificó á la riqueza y al engrandecimiento material. En aquella nueva distribucion de Europa, para conservar el equilibrio se agregaron posesiones á los estados pequeños á fin de tener mas en respeto á los grandes entre sí. En el repartimiento salió la mas aventajada la Inglaterra, que quedó árbitra del continente, dueña del comercio marítimo, aseguró la sucesion de la línea protestante, estrechó los límites de la Francia, y logró la separacion de las coronas de Francia y España. Tambien era la que habia dirigido la guerra y la paz. Francia hizo cesiones importantes, pero dejó sentada en el trono de España su familia real. España, quedando sin la Flandes, sin Sicilia, sin Nápoles y sin Cerdeña, fué borrada de la lista de las potencias de primer órden; pero se rejuveneció en lo interior, y conservó

su rey y su nacionalidad, aunque amenazada por Inglaterra con las cadenas de Gibraltar y Mahon. Se engrandeció la Saboya para equilibrarla á sus vecinos. Holanda se aseguró con un recinto de fortalezas, pero decayó en poder, se encontró dependiente de Inglaterra por enlaces y alianzas de familia, y conoció lo que en la guerra y en la paz perdía en mezclarse en las cuestiones de las grandes potencias europeas. Y por último en los tratados de Utrecht, con ser tantos, quedó sin decidir la cuestión de sucesion entre Austria y España, objeto de treinta años de intrigas y de trece de guerra. El emperador todavía no quiso renunciar á la sucesion española, ni al estéril y vanidoso placer de seguir titulándose rey de España.

III.

Desde la paz de Utrecht es otra la política de Felipe V.; ni tan digna, ni tan patriótica, ni tan noble. Cambia la escena totalmente, y se coloca España en situacion bien diversa con otras naciones. La causa de esta mudanza no es una sola; son varias que se suceden tan rápidamente, que casi se alcanzan y se agolpan. La muerte de la reina María Luisa, la venida de Isabel Farnesio, la marcha de la princesa de los Ursinos, el fallecimiento de Luis XIV., la regencia del

duque de Orleans, la muerte de Ana de Inglaterra, la privanza de Alberoni. Cada una de ellas habria bastado para dar otro giro á la política española; fortuna fué que ninguna viniera sino despues de asegurada la corona en las sienes de Felipe.

La muerte prematura de la jóven María Luisa de Saboya fué un verdadero infortunio para España, y una verdadera desgracia para el rey. España perdió una gran reina, los pueblos una madre solícita, el rey una buena esposa, una compañera dulce, una consejera prudente. Desde Isabel la Católica, la figura mas digna y mas interesante que encontramos en España es María Luisa de Saboya. No sabemos lo que habria llegado á ser en la tierra, si Dios no hubiera querido llevarla al cielo en edad tan temprana. Luis XIV. la admiró muchas veces; algunos años ántes habria tenido hasta envidia de su nieto. No lo estrañamos; aquella reina niña asombró á fuerza de discrecion al viejo y desconfiado monarca. «No consejos, le decia Luis, sino elogios tengo que daros siempre.» Con razon lloró su falta Felipe como esposo y como rey.

Su temperamento y su moral le hacian necesaria una esposa; su carácter le hacia necesaria una reina. Fácil era el reemplazo en el tálamo; muy difícil en el trono. Sin embargo, Isabel Farnesio de Parma no ejerció menos influencia ni tomó menos predominio en el ánimo del rey que María Luisa de Saboya. Fué sin duda una deplorable flaqueza de Felipe V. haberse